

**Novela** Ramon Solsona recrea el ambiente de los campamentos obreros de las grandes obras hidráulicas pallaresas con una historia de celos

## ‘Muntanyes foradades’

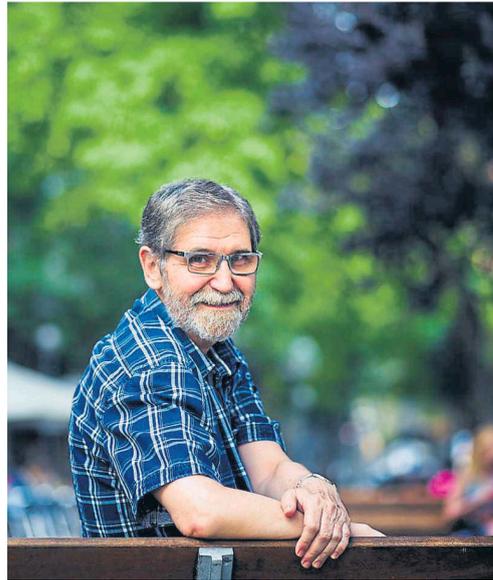
**JULIÀ GUILLAMON**

Tras la originalísima *L'home de la maleta*, con la que obtuvo el premio Sant Jordi de novela de 2010, Ramon Solsona (Barcelona, 1950) ha escrito una historia de corte más clásico, del género de las narraciones pallaresas que ha dado un gran libro de Pep Coll (*Dostatits negres i dos de blancs*), además de la premiada, traducida y filmada *Les veus del Pamano* de Jaume Cabré, y otras menores del propio Pep Coll. Es un género, para entendernos, con guardia civil. El autor nos traslada a una posguerra de charol y verde oliva, y nos ofrece un panorama de la lucha por la supervivencia, en el caso de *Allò que va passar a Cardós* a propósito de la construcción de una gran obra hidráulica, un sistema de conexiones subterráneas de los lagos de los montes del Cardós, de cara a producir energía eléctrica. Estamos en 1965.

La novela se estructura como una encuesta, que me ha recordado a li-

bro de Heinrich Böll que Seix Barral publicó en los años ochenta, *Retrato de grupo con señora* (la edición alemana es de 1971 y la primera española de Noguera de 1973, casi contemporáneas de los hechos que se explican en el libro de Solsona). En *Allò que va passar a Cardós*, Solsona juega con escenas vividas, muy dialogadas, que pasan en los campamentos de trabajadores, en las galerías, en los bosques, en la Casa Cuartel y en algunas casas del pueblo de Noguera. Y con los testimonios de algunos supervivientes de la época a través de los cuales se reconstruye lo que sucedió en el valle: un asesinato y dos suicidios, tres fugitivos y varias vidas arruinadas. Una de las voces es la autora de un artículo sobre la electrificación del Pirineo en la revista *Pallaresos*, a través del cual, en varias entregas, va introduciendo la parte más técnica y también sociológica de estas obras faraónicas.

A Solsona le atrae el movimiento de estos grandes trabajos de ingeniería: miles de obreros establecidos en



El novelista Ramon Solsona

LAURA GUERRERO

campamentos de montaña (de los que pasado el tiempo no quedará nada), hombres solitarios, refugiados en modestos teleclubs, excavaciones a golpe de barreno, jugándose la vida, y la gran movida del *cale*, que consiste en hacer coincidir una excavación que se ha iniciado por dos extremos

en un punto de encuentro. El *cale* es un momento trascendental, no pueden producirse desviaciones. Para celebrar el que se prepara dicen que igual Juan March visita las obras.

“Muntanyes regalades són les del Canigó” dice la canción popular. “Muntanyes foradades són les del

**Narrativa** La escritora francesa Clémence Boulouque construye una novela de no ficción con su trayectoria vital, marcada por el terrorismo

## El fin de la infancia

**ROBERT SALADRIGAS**

En la mañana de un martes de septiembre de 2001, cuando dos aviones embistieron las torres del World Trade Center, una mujer francesa, Clémence Boulouque (París, 1977), estaba en el campus de la Universidad de Nueva York. Vivió el caos desde la más absoluta confusión. Un par de años después se identificaría así en su libro *Muerte de un silencio* (*Mort d'un silence*): “Soy hija del juez Boulouque, del terrorismo, de los años ochenta, de los atentados parisinos. Y soy huérfana de todo ello”. El libro se abre con un verso de Paul Celan y se cierra con otro del poeta judío-polaco Osip Mandelstam. Entre

ambos, significativos, Clémence Boulouque cuenta que en 1986, cuando tenía sobre los diez años, se produjeron también a principios de septiembre varios atentados terroristas graves en París y su padre, el entonces joven juez Boulouque, fue designado para llevar aquellos casos atribuidos a la red islamista de Fouad Ali Saleh. Aquello cambió radicalmente las vidas del magistrado y su familia, esposa y dos hijos, de pronto todos ellos bajo protección de guardaespaldas. Una noche de diciembre de 1989 el juez Gilles Boulouque se pegó un tiro en la cabeza con una pistola. En este momento exacto, tras “el ruido” que produjo la pesadilla al esta-



Clémence Boulouque

GETTY

llar, se acabó la infancia de Clémence.

Con este material altamente sensible Clémence, situándose en primer plano, construyó uno de los más notables ejemplos de novela no ficcional de la narrativa francesa de ahora. Un libro valioso, de alta calidad, sin duda muy interesante, en el que mediante la articulación de un lenguaje

conciso, eficaz, la autora nos habla de violencia social, de insidias políticas llevadas al extremo de hacerse insuportables para una vida digna, de una soledad feroz, inhumana, de un dolor y un duelo poco menos que incuantificables, que corta el aliento. Y, en conclusión, de un insospechado, diabólico, real sentimiento de culpa. En aquel septiembre de 2001, en Nueva York, la ciudad a la que se había trasladado con el propósito de construirse una vida nueva que en Francia no le estaba permitida, Clémence Boulouque escribe ante la magnitud del desastre y la imposibilidad en los pri-

**La autora vivió los atentados islamistas en París en 1986 y contra las Torres Gemelas en Nueva York**

meros momentos de prestar ayuda a los demás –quiso donar sangre y la rechazaron– que se siente culpable “de haber salido indemne. Indemne en Nueva York”. Absurda, escalofriante autoinculpación.

De sus recuerdos imborrables brotan el espíritu y la forma de *Muerte de un silencio*, un texto subjetivo